

## HACIA UNA ARQUITECTURA RURAL

En la última reunión de la U. I. A.—Unión Internacional de Arquitectos—asistió una representación española con un resumen de las obras realizadas por el Estado en estos últimos años, una aportación de reconstrucción y edificaciones, tanto urbanas como rurales, de nueva planta; el trabajo presentado por el Instituto Nacional de Colonización, el pueblo de nueva planta de Vegaviana—en la provincia de Cáceres—ha despertado en el organismo internacional un gran interés, tanto por su logrado urbanismo como por la plástica de su arquitectura.

La creación del pueblo eminentemente rural obedece a una planificación nacional, que supone la transformación regional, desde el punto de vista industrial y agrícola; el I. N. C. ha de colonizar directamente las tierras, completando los trabajos de repoblación forestal, caminos, abastecimiento de aguas potables, alcantarillados, líneas de energía eléctrica, etc.

Todas las viviendas comprenden un solar mínimo 30 por 100 m., para corral de labor, dependencias agrícolas, vivienda y patio familiar; fué propósito del proyecto conservar todo lo posible el aspecto general que ofrece el lugar y sus alrededores, y adoptar un sistema urbanístico que permitiera zonas de arbolado y vegetación; las viviendas se orientan hacia el interior de estas zonas, que permiten la convivencia y expansión de sus habitantes, constituyendo grandes manzanas circundadas por una red de circulaciones, para carros vehiculos, maquinaria agrícola y animales; en contacto inmediato con las parcelas de labor, las condiciones de habitabilidad son inmejorables, efecto logrado gracias a este respeto a la Naturaleza.

El pueblo de Vegaviana marca en España un ejemplo auténtico de este nuevo regionalismo que las jóvenes generaciones de arquitectos están iniciando en nuestro país; cada época posee su estructura sentimental y su actitud espiritual características; esto es válido para todo tiempo, el arquitecto moderno ya no tiende a dar al cuadro exterior la misma forma que se daba al edificio tradicional, busca sobre todo el reflejo de la nueva expresión estética y sentimental que confiere al Habitat del hombre.

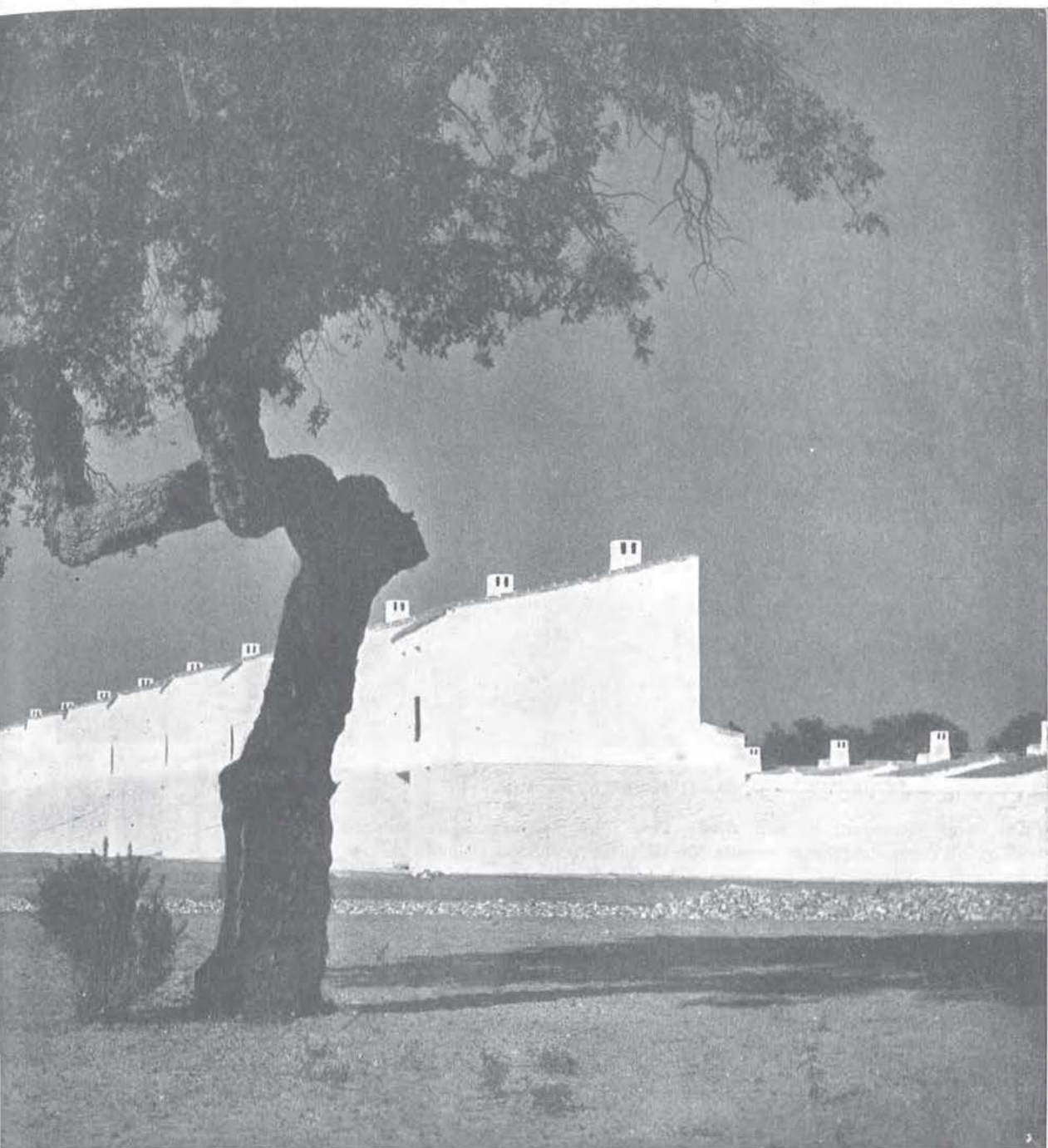
El arquitecto de nuestros días ha aprendido que, ante todo y sobre todo, ha de estudiar los hábitos de vida, «el clima», con una reverencia casi religiosa, antes de ponerse a proyectar. Así este pueblo recoge las constantes más tradicionales de nuestro país y su realidad nos hace presentir que, después de tantos intentos racionalistas, los movimientos modernos que son realmente constitutivos procuran volver a los fenómenos prístinos de la esencia del hombre, volvemos a plantearnos las relaciones eternas, intentando hacer justicia a las condiciones regionales, ya sea en la estepa o en la montaña, en Cataluña o en Extremadura.

El nuevo regionalismo no es un fenómeno local, es una posición que adoptan los mejores arquitectos actuales. El ejemplo de Vegaviana se ha repetido ya en otras latitudes y con otros nombres, Chimbote, Chandigarh, Tapiola, etc.

Es autor del proyecto el arquitecto José Luis Fernández del Amo; perteneciente a las primeras promociones de la posguerra española, trabajó en distintos organismos oficiales, siendo autor de varios escritos en revistas técnicas; la geografía de España conoce muchos pueblos que han salido desde el Instituto de Colonización bajo su dirección y proyecto; director durante muchos años del Museo de Arte Contemporáneo, en Madrid, del que fué entusiasta fundador, las jóvenes promociones de artistas españoles, le deben muchos de los triunfos que el arte español contemporáneo ha alcanzado dentro y fuera de España; en la actualidad trabaja en la creación de nuevos pueblos, bajo las premisas de ese nuevo regionalismo que ha nacido en nuestro país.

Antonio FERNANDEZ ALBA



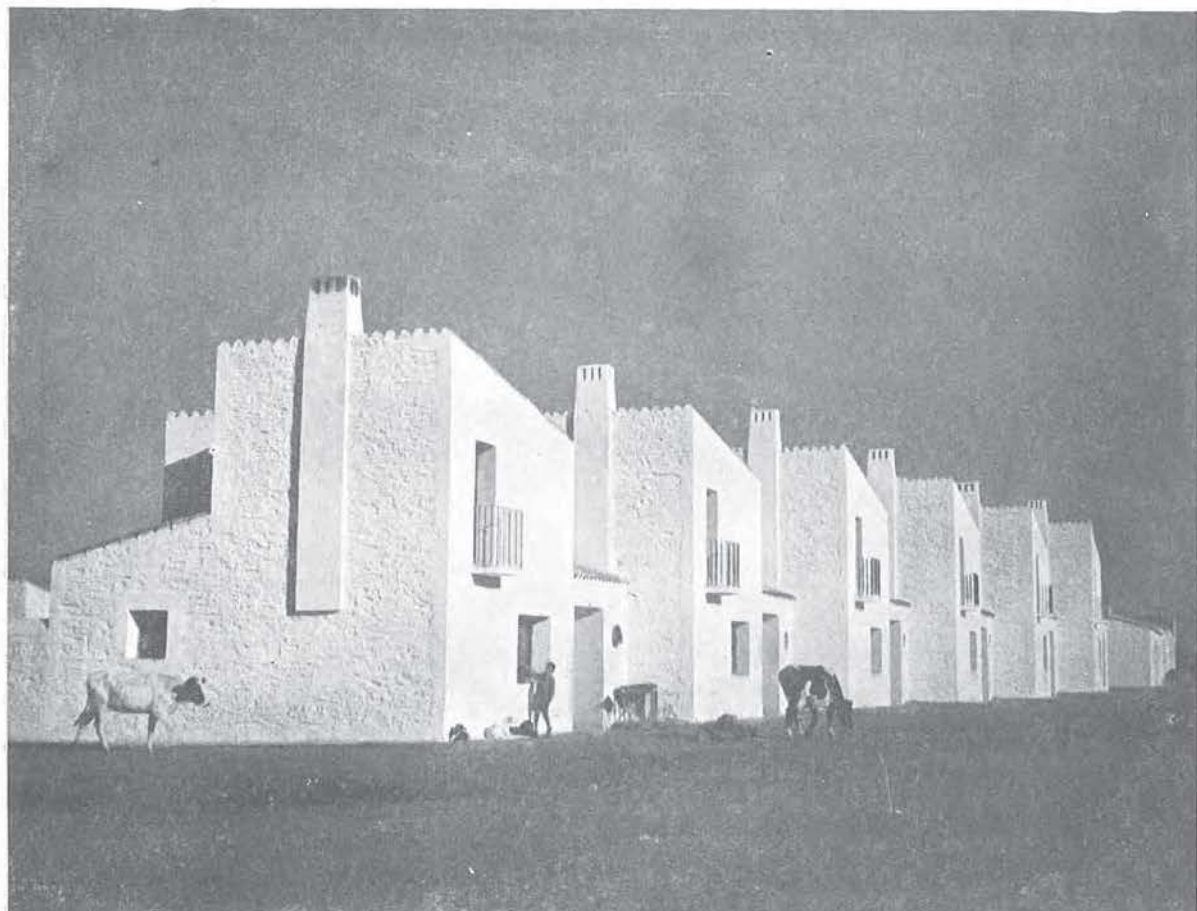


«Esa tierra con luz es cielo mío. — Alba de Dios, estremecidamente — subirá por mi sangre. Y un relente — de llama me dará tu escalofrío.»

Mientras al pueblo llegamos, desde el campo, el surco se verticaliza y se hace encina. La encina apunta con su flecha, su corazón, a Vegaviana, con sus ramas, sus brazos, cuida techadamente el surco, él mismo surco en ascensión y lucha.

«Alto cielo tallado: luminoso — cristal donde la rosa se quebranta.»

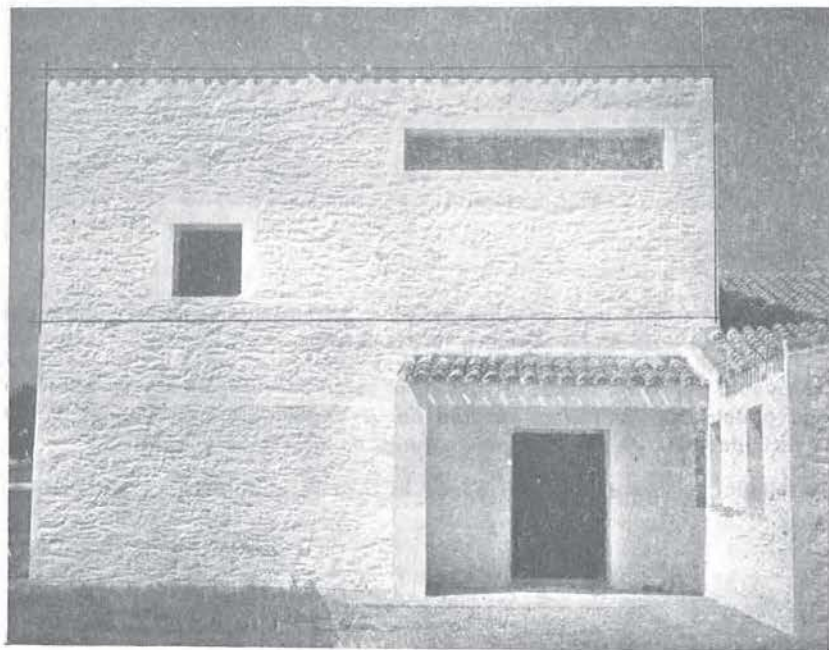




«Ni vivimos del pasado, — ni damos cuerda al recuerdo.»

Las casas, chimeneas de pan, aceite, vino y paz, chimeneas de corazón familiar, las casas en reposo, orientación de girasol, el niño a punto de beberse sombra. Vegaviana, al término del quehacer, cuando cae la tarde y todo está para comenzar en la acogida de la chimenea llamorosa y recia.

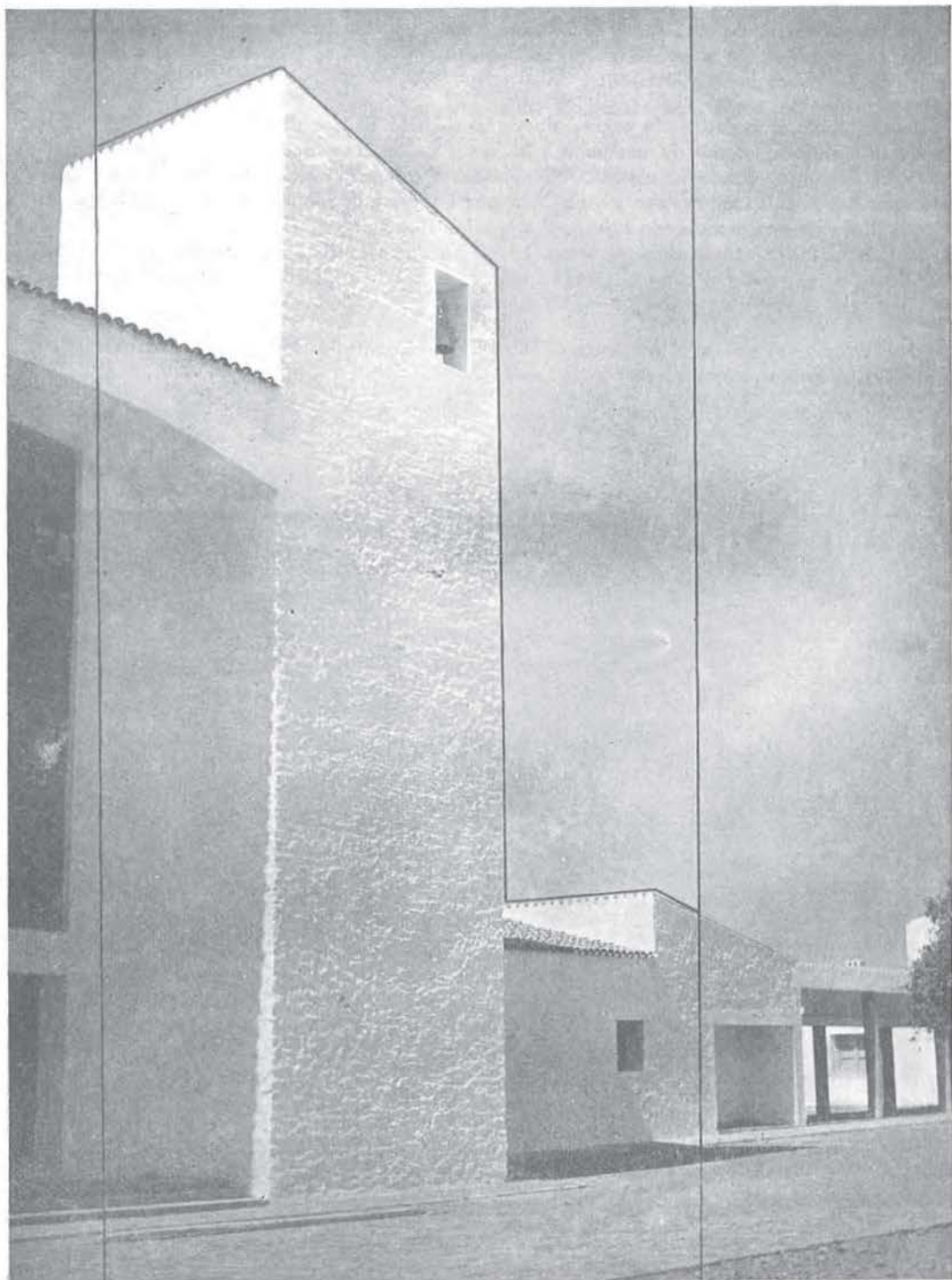
«¡Qué ciertas en su calma, — las cosas como son, que son, y basta!»



«Para el hijo será la paz que estoy forjando.»

La casa, sola, encendida de luz, mientras el hombre trabaja la siembra, el surco, la cosecha, el vino y el pan. La paz en casa.

«Dejadme la esperanza.»



«Por un ventanal — entró la lechuza — en la catedral. — San Cristobalón — la quiso espantar — al ver que bebía — del velón de aceite — de Santa María. — La Virgen habló: — Déjala que beba, — San Cristobalón.»

Guardando la casa, en el centro del sol, el sol de cetro, a mediodía, luz plena, plaza al lado de bailes y mercados, la Casa Grande. Un hueco para la campana, la del ángelus, la de la misa, la que trabajando el campo, tractor, arado o azada, regala periódicamente con su «sin novedad» en la casa que espera. Signo y símbolo: El hueco más grande de la puerta y el hueco de la campana.

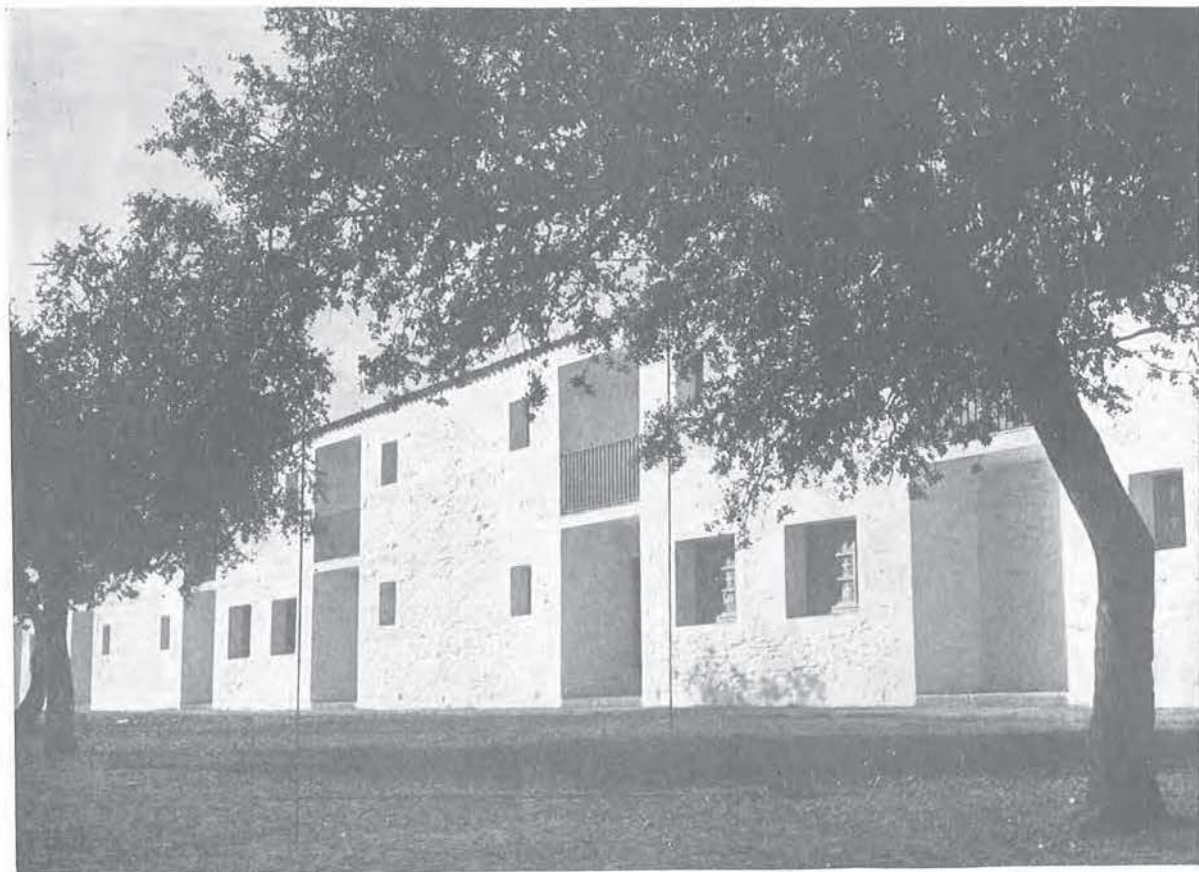
«Sobre el olivar, — se vió la lechuza — volar y volar. — A Santa María — un ramito verde — volando traía.»



«Te necesito a ti, España, toda; — cuarzo gigante, macizo bosque o piedra; — cielo total de corazones — en pena. — Te necesito España — unánime y entera — como el clamor del viento — sobre la mar inmensa.»

Donde señala la flecha de la encina, donde el símbolo de sus dos brazos se hace techo, donde la chimenea, donde la campana y la señal de la Cruz, donde el sol, donde el frescor y el descanso, donde la espera. Allí también el campo. El olivo de siglos en retorcido esfuerzo. Arbol, sol, sombra, pan y vino. Y la paz en forma de blancura. Porque todos hicimos el paisaje de España respetando raíces y horizontes. Una mano de siempre plantó la encina. Y el otro árbol. Otra mano abrió el surco. La última mano encimó la bandera—o la rama de olivo—en el tejado. Dentro de nada haremos la cosecha. El aceite, el vino, el pan. Y la paz. En Vegaviana.

«No España tuya o mía. — ¡España nuestra! — Geografía. íntegra, — trasvasada en halago — de materna entereza.»



Fotografías seleccionadas por **Antonio Fernández Alba**.

Fotógrafo: **Kindel**.

Glosa: **Carlos Vélez**.